



## LA RENEGADA DE VALLADOLID.

### SEGUNDA PARTE.

DECLARASE EN ESTA SEGUNDA PARTE LA FORMA QUE tuvo para traer los hijos desde Turquía á Roma; como recibieron el agua del Bautismo, y en la forma que acabó esta Santa muger en un Convento.

**D**ios Padre, Rey sempiterno  
sea quien siempre me ampare,  
Dios hijo me dé gobierno,  
y el Santo Espíritu eterno  
ponga luz donde faltare.  
Quien la paz y vencimiento  
trajo al mundo por victoria  
alumbre mi entendimiento,  
mi lengua, gracia y aliento,  
mi pluma, plana y memoria.  
Con su ayuda singular  
estaré sujeto y cierto,  
que podré bien negociar,

y seguro podré entrar  
por la barra estrecha al Puerto.  
Pues, Princesa de la Gloria,  
barra segura, que dais  
al alma Puerto y victoria,  
por la barra de mi historia,  
me sigo, si me guiais.

*Comienza la Obra.*

Tiempo es ya que nos dejemos  
del vicio malo pendiente,  
pues con vicios nos perdemos,  
y nuevo ejemplo tomemos



de una muger penitente.  
 En Valladolid nacida  
 fue esta bienaventurada,  
 de sus Padres bien querida,  
 y por enmendar su vida  
 es de Jesucristo amada.  
 Vereis que por la riqueza  
 y vicios negò al Señor,  
 y con cuanta fortaleza  
 de fé y Divina firmeza  
 volvió á buscar su Pastor.  
 Vereis la que se vestia  
 de seda y finos colores  
 diferentes cada dia,  
 y en rica cama dormia  
 de muy suaves olores.  
 Como recordó del sueño,  
 y procura nueva luz,  
 y con dolor no pequeño  
 busca su perfecto Dueño,  
 que murió por ella en Cruz.  
 Vereis como al mundo olvida,  
 hijos, marido y hacienda,  
 con fé viva, arrepentida,  
 vá á buscar el pan de vida,  
 con propósito de enmienda.  
 Vereis quien sirvió á Mahoma  
 veinte y siete años cabales,  
 como al Señor vuelve y toma  
 el camino para Roma,  
 por penitencia á sus males.  
 Vereis quien vivido habia  
 tantos años al rebés,  
 y tanto fausto tenia,  
 como descalza venia,  
 corriendo sangre los pies.

Vereis quien se regalaba  
 con buenas conservas finas,  
 que con yervas se pasaba,  
 y desnuda se acostaba  
 entre las duras espinas.  
 Vereis que como se vió  
 a L Roma Puerto seguro,  
 la tierra humilde besó,  
 y á Dios mil gracias le dió  
 con entrañable amor puro.  
 Y como en San Pedro entraba  
 llorando su grande error,  
 en un rincon se sentaba,  
 que de vergüenza no osaba  
 mirar al Altar Mayor.  
 Su boca en tierra pegó  
 y suspirando entre sí,  
 á Jesus perdon pidió,  
 y nueve horas lloró,  
 sin levantarse de allí.  
 Por la fiesta celebrada  
 de Maria Magdalena,  
 fue del Papa perdonada,  
 y tambien reconciliada  
 esta muger santa, y buena.  
 Y despues de recibir  
 á Jesus Rey Soberano,  
 que hace á las almas vivir,  
 se fué luego á despedir  
 del Sacerdote su hermano.  
 Dijo Agueda prudente;  
 Melchor de Salcedo, hermano,  
 ya plugó á Dios Soberano,  
 que me limpiase en la fuente,  
 que dá salud al Cristiano.  
 Estos dias, que tasados



me dió Dios, por su clemencia,  
los cuales están contados,  
quiero que sean gastados  
en ayuno y penitencia.  
He menester prestamente  
arrojar de mí la carga  
con que el alma pena, y siente;  
pues esta vida presente  
es breve y estotra larga.  
El Sacerdote sentia  
con esto pena, y pesar,  
á su hermana le decia,  
que por qué no se queria  
volver á su natural?  
Pues sabes, que es tan copiosa  
Valladolid, y cumplida,  
de todo bien abundosa,  
Villa alegre y deleitosa  
y sobre todo, escojida.  
Ella dijo: No se aplaca  
con el deleite la pena,  
sin gustar de la triaca  
de que gustó la Egipciaca  
Santa Maria Magdalena.  
Mi intento es el habitar  
por el áspero desierto,  
y este mi cuerpo domar,  
hasta hacerle bien pagar  
el mal que tiene encubierto.  
Al tiempo del despedir,  
vereis la lamentacion,  
el suspirar, y el gemir;  
y el abrazarse y decir  
palabras del corazon.  
El Clérigo procuró  
luego un Bajel en el Puerto;

en que á España se partió,  
la hermana se dirigió  
para el áspero desierto.  
Veinte y una leguas fué  
desde Roma al monte Arfanio,  
do padeció hambre, y sed,  
y siempre puesta en la fé  
de Jesus Rey Soberano.  
Por la mayor espesura  
inhabitable se entró,  
áspera, muy seca y dura,  
por donde humana criatura  
jamás pasó, ni habitó.  
El vestido se quitaba,  
que se le hacia enfadoso,  
en carnes vivas quedaba,  
tanto que no cobijaba  
mas que el lugar vergonzoso.  
Este vestido tenia  
guardado en cierto lugar,  
que nunca se lo vestia,  
hasta que á Roma venia  
cada año á comulgar.  
Su cuerpo, continuo, andaba  
sujeto al frio y al viento,  
el rojo Sol la abrasaba,  
y con yervas se pasaba,  
sin otro mantenimiento.  
En las rodillas tenia  
ásperos callos, de estarse  
en oracion noche y dia,  
y las espaldas traia  
sajadas por azotarse.  
El pecho muy lastimado,  
la carne negra y tostada,  
el rostro desemejado,



muy enjuto y arrugado,  
 como cosa traspasada.  
 Y sus cabellos preciados  
 del olifero olor,  
 andaban muy erizados,  
 y tenia diferenciados  
 del áire, frio y calor.  
 Los ojos tenia sumidos,  
 y sus lábios delicados  
 muy ásperos y cortados,  
 y sus pies ántes pulidos,  
 abiertos y ensangrentados.  
 La semana Santa entraba  
 en Roma con humildad,  
 confesaba, y comulgaba,  
 y sus vestidos llevaba,  
 solo por la honestidad.  
 Y despues que aposentaba  
 en sí tan ricos tesoros,  
 al desierto se tornaba,  
 y á nuestro Señor rogaba  
 por aquellos hijos moros:  
 Que como vió que quedaron  
 moros, sin conocimiento  
 de fé, que no la alcanzaron,  
 ni en ella les enseñaron,  
 sentia mucho tormento.  
 Y puestas entrambas manos,  
 rogó á Jesus, que en la Cruz  
 padeció por los humanos,  
 que los hiciese Cristianos,  
 guiándolos con su luz.  
 Dando por ellos gemidos,  
 rindióla el sueño, y oyó:  
 Ve por tus hijos queridos,  
 que serán favorecidos,

del Señor, que los crió.  
 No temas en la partida,  
 que de enemigos malignos  
 no te verás perseguida,  
 ni allá serás conocida  
 de tus hijos, ni vecinos.  
 Cuando recordó, y pensó  
 en lo que habia soñado,  
 del desierto se salió,  
 donde contenta vivió  
 en penitencia ocho años.  
 Con lágrimas se despide  
 del desierto dó habitaba,  
 y por merced á Dios pide,  
 que en ningun tiempo la olvide,  
 pues á él se encomendaba.  
 Ochocientas leguas fué  
 entre moros, dó pasó  
 hambres, trabajos y sed,  
 por enriquecer con fé,  
 á dos hijos que parió.  
 Como Dios quiso que viera  
 sus dos hijos deseados,  
 llorando, entre sí dijera:  
 Ay hijos quien os tuviera  
 dentro en Roma bautizados!  
 Como en casa entrar los vió  
 la Madre noble y prudente,  
 asegurar los dejó,  
 y limosna les pidió,  
 y les dijo humildemente:  
 Caballeros consolad  
 á esta necesitada,  
 asi la consuele Alá  
 á vuestra Madre, que está  
 por vosotros bien penada.



El mayor habló muy triste,  
que mas claro lo entendió,  
y la preguntó: Tu viste  
algun tiempo, ó conociste  
la Madre que nos parió?  
Ella dijo: Bien la ví,  
y os podré dar nuevas della,  
y os prometo y digo así:  
Que mejor la conocí,  
que no vosotros á ella.  
Los dos hermanos lloraron,  
viendo á su Madre nombrar,  
porque en extremo la amaron,  
y en el retrete la entraron  
donde la hicieron sentar.  
En medio de ellos tenían,  
haciendo llanto sobrado,  
la que mas ellos querían,  
pero no la conocían,  
como se ha desemejado,  
Dijeron con pena triste.  
La Madre que nos parió  
en dónde la conociste?  
O quanto ha que la viste,  
despues que de acá partiò?  
Dijo: Yo la conocí  
cuando Agueda se decia  
de Azevedo, y mas, nació  
cuando ella, en Valladolid,  
en su mismo tiempo, y día,  
Y tanto amor la cobré,  
que cuando vino á Buxia  
la serví, y acompañé  
por la desventura mia.  
Y el día que se casó  
con Idaxar, vuestro Padre,

13  
el mismo que os engendró,  
en las bodas me hallé yo,  
con Adaxar vuestra Madre.  
Mucho deseados fuisteis  
de la Madre que os parió,  
que es la que tanto quisisteis;  
y aun al tiempo que nacisteis,  
mancebos, no dormia yo.  
Por que de mí se fiaban  
en sus partos dolorosos,  
á su casa me llevaban  
y en ella me aposentaban  
muy alegres, y gozosos.  
A entrambos os sustenté;  
cuando os via me acordaba  
de dos hijos que crié,  
y prometo por mí fe,  
que mi propia leche os daba.  
Decian con dolor triste  
y con lágrimas bañados:  
Madre, pues que nos pariste,  
por qué causa aborreciste  
estos hijos desdichados?  
Si la secta turquesana  
desechaste, Madre nuestra,  
fuéramos de buena gana  
á recibir fe Cristiana  
en la compañía vuestra.  
Qué es la causa que olvidais  
á quien con dolor paristeis?  
Siquiera no os acordais,  
aunque mas cruel seais,  
que en el vientre nos trajisteis?  
Y si quisisteis dejarnos  
para ir al cristianismo,  
enviárades á llamarnos,



que fuéramos por lavarnos  
 en el divino Bautismo.  
 Doce esclavos, que venian  
 del campo de trabajar,  
 y á dos que en casa tenian,  
 los dos hermanos decian,  
 que la lleven á cenar.  
 Harto hacia, y porfiaba  
 para poderse escusar  
 del nombre, que se le daba,  
 y en lágrimas se bañaba,  
 viendo á sus hijos llorar.  
 Volviéronle á preguntar,  
 si de su Madre sabía,  
 y ella dijo: Sosegar podeis,  
 porque os quiero dar  
 unas nuevas de alegría.  
 No esteis tan apasionados,  
 que en sosegando la casa,  
 y que estén ya recostados,  
 os contaré, mis amados,  
 toda la verdad que pasa.  
 Muy grande pena tenian,  
 que no hay manjar que les cuadre,  
 que todo lo aborrecian,  
 por el ansia que tenian  
 de saber ya de su Madre.  
 Como cenar no pudiesen  
 de pena su Madre, y ellos,  
 mandaron, que se le hiciese  
 una cama, do durmiese  
 en la misma sala de ellos.  
 Como ya no acostumbraba  
 dormir en lienzo delgado,  
 ni cama aparamentada,  
 no quiso la madre honrada,

mas que un cabezal doblado.  
 Despues que se encomendó  
 á Dios que es Supremo Padre  
 luego á hablar comenzó  
 con sus hijos, y le dió  
 nuevas de su buena Madre.  
 Diciendo: No tengais pena,  
 ni sintais ningun tormento,  
 que vuestra Madre está buena,  
 de tantas riquezas llena,  
 que no hay número ni cuento.  
 Y á tanto llega su honor,  
 que espera presto un dictado  
 de incomparable valor,  
 del mas supremo Señor,  
 que en todo el mundo se ha hallad.  
 En Roma la vide buena,  
 firme en la divina fé,  
 de vicios malos agena,  
 y esta Santa Cuarentena  
 con ella estuve, y hablé.  
 Ni comia, ni bebia,  
 sin que primero llorára  
 por dos hijos, que tenia  
 metidos acá en Turquía,  
 porque mucho los amaba.  
 Y como yo me moviese  
 del cruel llanto que hacia,  
 la supliqué os escribiese,  
 y que por cierto tuviese,  
 que la carta yo os daria.  
 Siempre socorrida fui  
 de Dios, que es celestial Padre,  
 una carta os traigo aquí,  
 ved si conoceis allí  
 la firma de vuestra Madre.



Despues que la despegaron,  
y la letra conocieron,  
luego á llorar comenzaron  
del contento que tuvieron.  
Muchas veces la leian,  
volviéndola á principiar,  
y á la muger le decian,  
de qué manera podrian,  
seguros, en Roma entrar?  
Dijo la Madre: Tomad  
los esclavos que teneis;  
ropa turquesa les dad,  
luego otros cuatro comprad,  
que menester los habreis.  
Al punto con brio iremos,  
viendo la noche cerrar,  
que hasta seis millas tenemos,  
y un Bergantin tomaremos,  
de los que van á pescar.  
El consejo ellos tomaron,  
por bueno, y secretamente  
bastimento aparejaron,  
y cuatro esclavos compraron,  
gente moza y diligente.  
Todos fueron avisados  
de su bien, y libertad,  
y así una noche cargados  
de bastimentos, y armados,  
marcharon con brevedad.  
De ocho barcos solo hallaron  
un Bergantin excelente,  
listos el ferro zarparon,  
y sin temor se embarcaron  
todos veinte prontamente.  
Tanta ventura tuvieron,  
que por su buen navegar,

15  
y un Piloto que trajeron,  
en treinta y seis dias fueron  
á Roma á desembarcar.  
Y siendo desembarcados,  
la buena Agueda habló  
con sus hijos deseados,  
diciendo: Hijos amados,  
veis aquí la que os parió.  
Abrazadme, veisme aquí,  
y no esteis como elevados,  
que yo soy la que os parí,  
y la que mi leche os di,  
con la cual fuisteis criados.  
Yo soy quien siempre he rogado  
á Dios y nuestra Señora,  
que es la Virgen sin pecado,  
os pusiese en el estado  
de la fé que veis ahora.  
Maravillados estaban  
de lo que la Madre habló,  
ambos hijos la miraban;  
mas no se determinaban  
si fuese su Madre, ó no.  
Sepas, hermano, una cosa  
el hijo mayor habló,  
si es nuestra Madre piadosa,  
ha de tener una rosa  
en el pecho, como yo.  
Los dos hijos la apartaron,  
y el pecho le descubrieron,  
como la rosa le hallaron,  
con mucho amor la abrazaron,  
cuando ya la conocieron.  
Los llantos quiero dejar,  
que entonces se acrecentaron  
de gozo, y no de pesar,



y así quiero declarar  
de como se bautizaron.  
Como el Papa conoció  
ser firme y bueno su intento,  
Bautismo les concedió,  
y un Obispo se les dió  
con gran música y contento.  
Siendo en Bautismo lavados,  
al Papa los pies besaron,  
y entre el Papa y los Prelados,  
mas de veinte mil ducados  
de limosna les juntaron.  
En Santa Clara se entró  
La Madre, segun es cierto,  
que de cansada enfermó,  
y tambien porque pasó  
gran trabajo en el desierto.  
Queriéndola Dios llevar  
á su Reyno Soberano,  
mandó á sus hijos llamar,  
porque les queria dar  
la bendicion de su mano.  
Y despues que se la dió,  
y ellos besaron su mano,

con amor los abrazó,  
y mucho les encargó,  
que fuesen buenos cristianos.  
Noche propia en que nació  
nuestro Redentor glorioso,  
de ochenta y seis que pasó,  
su ánima presentò  
á Jesucristo piadoso.  
Un olor que confortaba,  
del cuerpo santo salia,  
gran resplandor la cercaba,  
y su vida predicaba  
quien de confesion la oia.  
Que es á quien descubria  
Agueda su corazon,  
nueve años y mas habia,  
y así su vida decia  
predicada en el Sermon.  
De donde habemos sacado  
esta deleitosa Hi toria,  
plegue á nuestro Dios sagrado,  
que nos sirva de dechado  
para conseguir la Gloria.

**FIN.**

**SEVILLA:**

**Imprenta de la Viuda de Caro.**

**1842.**